NOMBRE:
FECHA:
GRADO:

La calle prohibida



En un café de la plaza Saint-Michel de París, el taciturno y viejo inmigrante de una pequeña nación de hispanoamérica oye, escéptico, los pormenores de la situación política y social de su tierra, de la que está ausente hace más de 20 años. Entre los relatos hay uno que, de especial manera, escalda a nuestro hombre: el caudillo que ha convertido a la pequeña república tropical en su hacienda particular tiene una concubina a la que honra con una visita reglamentaria todos los viernes, pues, a la par de metódico, es muy supersticioso.

Durante el tiempo que dura esa visita de cuatro de la tarde a las siete de la noche, ni un minuto más ni un minuto menos, está terminantemente prohibido el tránsito de vehículos y peatones por la calle donde vive la amasia. Además, todas las puertas y ventanas de las casas del vecindario deben estar completamente cerradas. Los infractores de la ley sufren una sanción terrible: son dados por alimento a los caballos diabólicos del dictador.

Bartolo Gris —que este es el nombre del incrédulo— decide un día, olvidado ya del cuento, ir a pasar breves vacaciones en su país natal. El hombre y las horas discurren. Sin darse cuenta, su memoria se haya lastrada por los recuerdos, ha entrado en la calle prohibida. Todo está allí tranquilo, solitario, como petrificado. No se mueve una hoja. Bartolo Gris se encoge de hombros y empieza a silbar bajito, como cuando se tiene miedo o no se sabe qué hacer. De repente, el débil silbido se le hiela en los labios al irrumpir, en silencio, como si no tocara el suelo empedrado, un negro carruaje, tirado por seis caballos, también negros. El cochero abandona el pescante y abre la puerta derecha del vehículo.

Los ojos del grande y poderoso señor que venía en la carreta recorren la calle sola, polvorienta, y descubren al incauto que permanece inmóvil, mirándolo, bajo el rótulo de una pescadería. Bartolo Gris se encuentra de pronto flotando en el vacío, levitado, sacudido en el aire eléctrico. Sus ropas se vuelven anchas, inmensas, como negras praderas donde caballos enloquecidos batallan con dragones de azufre, y mira, angustiado, el color verde que va cubriendo su piel, sus manos y sus uñas. Sus piernas ya no tienen fuerza para sostenerlo. Se doblan como frágiles briznas, y lo dejan caer pesadamente, convertido en un montón de zacate fresco, dentro de su impecable traje de corte inglés.

El cochero recoge el haz de hierba húmeda y resplandeciente, y se lo ofrece a uno de los caballos que arrastran la carroza del comandante supremo de las fuerzas de la tierra, mar y aire y presidente vitalicio de la república.

Pompeyo del Valle

Pregunta.
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16

LIVEWORKSHEETS